

Los raizales del centro crecemos en balcones: cuando llegó el puerto libre, los pivotes que sostienen las casas tradicionales del centro crecieron y las levantaron hasta que un hombre podía ponerse de pie en este espacio. Luego los recién llegados plantaron sus almacenes y se armó la 20 de julio (y una parte de Las Américas), con una serie de casitas suspendidas en el aire, flotando sobre el nuevo orden económico y social.

Por eso cuando viene la marcha del 20 de julio, nos ven crecer nuevamente desde los balcones, y en variaciones que van desde el aplauso decente hasta lo que sea que pasa en el balcón de la más pequeña de las hijas de Víctor Abrahams; todos los hijos de esta tierra que viven en esa zona, se preparan para entregarse a un goce que oscila entre lo marcial y ‘despacito’ tocado en xilófono.

El desfile de las centenas inagotables de estudiantes, se vuelve un rio de colores que se mece al compás de un ritmo voluptuoso, que se parece a la dicha que siente el negro al que se le devuelve el tambor prohibido por los ingleses, en un cadencioso movimiento desplaza la marcha formal y se vuelve un baile colectivo, un ritual conjurado para espiar lo malo.

Las trenzas de pelo postizo anudadas con fuerza a cabezas adolescentes, cuentan las historias de como ellas han llegado ahí: saltando los charcos de calles sin terminar, perdiendo amigos entre ‘ollas’ y las balas, esquivando embarazos. Los cortes de pelo de ellos que infringen la norma y son nueva norma al mismo tiempo, son intentos por marcar su territorio, al menos del que se saben dueños, sus propios cuerpos...

Y son cientos, desafiantes, interrogadores. ¿Qué futuro me entregas tú, que caminas en las aceras? ¿Qué futuro te debo a ti que me miras desde los balcones? Y ahí estamos nosotros, los adultos, con las manos vacías, encogiendo hombros, bajando miradas.

Cuando el carnaval se acaba siempre cae la lluvia, coqueta no acaba el calor del asfalto, más bien lo capitaliza y lo hace pegajoso, perfecto para mezclarse con el sudor y hacerse insoportable.

Luego dejamos el papelito en la calle, testigo mudo de lo que somos como sociedad, una masa amorfa urgida de cambiar para darle una respuesta al rio de colores que se mece el 20 de julio, una mezcla poco homogénea de necesidades insatisfechas: un poco enfermos, un poco alegres, más bien sedados: listos para el otro año, para repetir preguntas, historias y bailes.